El arte narrativo como exorcismo en "La muerte de Alec" y "Crónica de una muerte anunciada"

Rhonda Dahl Buchanan
Universidad de Louisville

"The function of language is not to inform but to evoke".

Lacan

"Escribir novelas es un acto de rebelión contra la realidad, contra Dios, contra la creación de Dios que es la realidad", nos plantea Vargas Llosa en su estudio crítico, *García Márquez: Historia de un deicidio* (1). A estas palabras añade algunas más relativas a los motivos por los cuales los autores emprenden la actividad de escribir:

> Es una tentativa de corrección, cambio o abolición de la realidad ficticia que el novelista crea. Este es un disidente: crea vida ilusoria, crea mundos verbales porque no acepta la vida y el mundo tal como son (o como cree que son). La raíz de su vocación es un sentimiento de insatisfacción contra la vida; cada novela es un deicidio secreto, un asesinato simbólico de la realidad (2).

Si lo que propone Vargas Llosa es cierto, ¿qué se puede decir de aquellas novelas que pertenecen al género literario de la crónica que supuestamente está tan ligado a la realidad? ¿Es posible que la intención de estos autores al escribir sus crónicas sea la de suplantar o destruir la realidad en vez de reconstruirla fielmente? En este estudio examinaremos dos crónicas contemporáneas, la de Gabriel García Márquez, *Crónica de una muerte anunciada* (1981), y la de Darío Jaramillo Agudelo, *La muerte de Alec* (1983), obra finalista del Tercer Concurso de Novela Colombiana, patrocinado por Plaza y Janés en 1983. A través de un estudio comparativo, intentaremos descubrir los motivos que impulsaron a estos autores a recurrir al arte narrativo para contar la historia de un incidente trágico que les persiguió durante muchos años.

Vale la pena detenernos momentáneamente en las antiguas crónicas y cartas del Nuevo Mundo para averiguar si lo que animó a los primeros historiadores a escribir, todavía sirve como fuerza motivadora para los cronistas modernos. En su ensayo "Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista", Walter Mignolo ofrece la siguiente definición de la crónica:

> es el vocablo para denominar el informe del pasado o la anotación de los acontecimientos del presente, fuertemente estructurados por la secuencia temporal. Más que relato o descripción la crónica, en su sentido medieval, es una "lista" organizada sobre las fechas de los acontecimientos que se desean conservar en la memoria (3).

1. Mario Vargas Llosa, **García Márquez: Historia de un deicidio**, Barcelona: Monte Avila Editores, C. A., 1971, p. 85.
2. Mario Vargas Llosa, **Ibid.**, p. 85.
3. Walter Mignolo, **Historia de la literatura hispanoamericana**, 2 Vols., Madrid: Ediciones Cátedra, S. A., 1982, Vol. 1, p. 75.

Entre las varias causas que motivan al hombre a escribir historias, Mignolo cita al padre Bartolomé de Las Casas, quien explica en su *Historia de Indias* que algunos escriben para recibir "fama y gloria", "otros para servir y lisonjear a los príncipes, otros para rescatar los hechos acaecidos en su tiempo del olvido; otros, compelidos por la necesidad de contar lo que de sus propios ojos vieron" (4). En fin, Las Casas da la siguiente definición de los relatos históricos: "Yo digo, es la historia narración de verdades por hombre sabio, para enseñar a bien vivir" (5).

En el caso de García Márquez y Jaramillo Agudelo se puede decir con seguridad que no escribieron sus crónicas por "fama y gloria" ni para cumplir una obligación impuesta por una autoridad ajena. Tampoco sintieron la necesidad de "contar lo que de sus propios ojos vieron" porque ninguno fue testigo de la tragedia. No obstante los dos regresan al pasado para, en las palabras de Las Casas arriba citadas: "rescatar los hechos acaecidos en su tiempo del olvido". García Márquez publica en 1981 su crónica sobre el homicidio insensato de un amigo que ocurrió en 1951 en el pueblo de Sucre. Poco antes de que saliera *Crónica de una muerte anunciada*, Darío Jaramillo había terminado su novela sobre la muerte accidental de Alec, un joven norteamericano que él conoció en San Francisco a fines del año 1974 y que desapareció bajo las aguas de un río caudaloso en enero de 1975 (6). Es decir, que años más tarde, ambos componen sus crónicas sobre una muerte que les había afectado durante mucho tiempo, en el caso de García Márquez treinta años, y en el de Jaramillo casi siete.

Con respecto al último motivo que propone Las Casas, el de "enseñar a bien vivir", veremos adelante si en estas crónicas una lección moral explícita o implícita está intercalada dentro de la narrativa. En la anterior definición que nos da Mignolo, señala como propósito de la crónica el deseo de informar al público y de conservar en la memoria acontecimientos significantes. Informar al público no es el propósito principal de estas crónicas. En ambas novelas, los narradores indagan más las cuestiones de por qué y cómo podrían ocurrir dos muertes tan anunciadas que la tragedia en sí. Además, si fuera sólo una cuestión de informarnos de la muerte de un joven, ¿por qué insisten los dos cronistas en repetir tantas veces la fiesta macabra, matando a las víctimas una y otra vez a través de la narrativa? ¿Y por qué esperaron tantos años para contar la historia?

Al escribir sus crónicas, ¿querían los autores conservar en la memoria la imagen de una muerte que los había atormentado durante años? Se podría especular que al contrario, éstos preferirían borrar de la memoria los hechos que condujeron a la muerte de sus amigos. Se nota un anhelo fútil en la voz de cada narrador de atrasar las manecillas del reloj para impedir la muerte y absolverse de una vez de la carga de conciencia que sienten por sus respectivos papeles en las tragedias.

¿Cuáles son entonces los verdaderos motivos que animaron a García Márquez y a Jaramillo a escribir sus crónicas? En otras palabras, ¿cuál es la función del arte narrativo? En su libro *¿Qué es literatura?*, Raúl Castagnino examina las varias funciones literarias y señala la catarsis como uno de los valores fundamentales de la literatura desde sus primeras manifestaciones. Por ejemplo, menciona que "Aristóteles apunta la catarsis como uno de los efectos expurgativos de la tragedia" (7). También se puede apreciar la función terapéutica del acto de contar en las crónicas del Nuevo Mundo. Así, según Walter Mignolo, las cartas y los diarios de Cristóbal Colón reflejan sus preocupaciones psicológicas más personales:

> En la trayectoria que podemos trazar desde el "Diario de navegación" y la prime-

4. Mignolo, p. 77.
5. Mignolo, pp. 77-78.
6. Durante una entrevista que el autor me concedió el 13 de mayo de 1987 en Bogotá, me explicó que aunque **La muerte de Alec** fue publicada en 1983, dos años después de la **Crónica de una muerte anunciada**, él ya había terminado su novela cuando leyó por primera vez la de García Márquez.
7. Raúl H., Castagnino, **¿Qué es literatura?**, Buenos Aires: Editorial Nova, 1972, 6a. ed., p. 133.

> ra carta a las del tercer y cuarto viaje, vemos que las descripciones del paisaje y de la gente, se alternan con otras preocupaciones: la cosmografía y las obsesiones personales (8).

Vemos en las crónicas del presente estudio semejante función del acto de escribir como exorcismo de las obsesiones personales de sus autores. Varios críticos han subrayado el carácter introspectivo de la novela de Jaramillo, entre ellos, Raymond L. Williams, quien, en una reseña de la obra, se refiere a ella como "una indagación autoconsciente sobre la función de la literatura" (9). James Alstrum reconoce también el aspecto reflexivo de la narrativa de Jaramillo al decir:

> esta novela abre un nuevo camino en la novelística colombiana de los últimos años por su empleo de los recursos poéticos de la alusión y el símbolo junto con una actitud ante la escritura vista como instrumento de indagación sobre el proceso narrativo como tal (10).

Es interesante notar el respeto y temor que el narrador manifiesta ante la palabra, como si el mismo acto de contar pudiera provocar "algo fatal", además de evocar recuerdos dolorosos. De mala gana acepta el narrador el cargo de "cresmólogo", es decir, "aquel que reproduce con la palabra la voluntad de los dioses" (11). Compone su crónica en forma epistolar dirigida a un amigo en San Francisco, rompiendo así un silencio de siete años acerca de las circunstancias misteriosas que rodearon la muerte de su amigo mutuo, Alec. Quizás su temor a la palabra como arma catalizadora sea la razón por la cual tardó casi siete años en contar la historia de la muerte de Alec, como indica el siguiente pasaje de la novela:

> Este silencio en que hemos incurrido a lo largo de seis años, también ha sido engendrado por el miedo. De tal manera se presentaron los augurios, tan ordenadamente se armó el rompecabezas de premoniciones, que acaso los dos hemos tenido miedo de que, al mencionarla, volvamos a desatar de nuevo los escalofriantes mecanismos que culminaron con la desaparición de Alec en las aguas de un río enfurecido (p. 16).

Durante una entrevista que el autor me concedió en mayo de 1987, Jaramillo reveló que la novela se basa en la realidad (con la excepción de un incidente inventado), y que las coincidencias que culminaron en la muerte de Alec le afectaron tanto que no hubo otro remedio que tratar de exorcizarlo por medio de la palabra escrita.

Mientras que el narrador de la *Crónica de una muerte anunciada* oculta más de lo que revela sobre sí mismo, el narrador de *La muerte de Alec* descubre mucho acerca de su propio ser. Este, igual que la gente en la obra de García Márquez, tiene "un anhelo de esclarecer misterios" y "saber con exactitud cuál era el sitio y la misión que le había asignado la fatalidad" (12). Sobre todo necesita entender su propio papel en la tragedia. Como nos indica el siguiente pasaje de la novela, el escribir llega a ser un acto catártico:

> Acaso este incidente, que por un momento me transforma de testigo en protagonista, sea lo que me impulsa a realizar el exorcismo de escribir la historia completa. Me debo el trago amargo de contarte de qué modo estoy involucrado en aquella cadena fatal de augurios (p. 15).

---

8. Mignolo, p. 62.
9. Raymond L. Williams, reseña de **La muerte de Alec**, por Darío Jaramillo Agudelo, Hispanoamérica, No. 40, 1985, p. 128.
10. James J. Alstrum, "La escritura alusiva y reflexiva de Darío Jaramillo Agudelo". **Ensayos de la literatura colombiana**, ed. Raymond L. Williams, Bogotá: Plaza y Janés, 1985, pp. 197-198.
11. Darío Jaramillo Agudelo, **La muerte de Alec**, Bogotá: Plaza y Janés, 1983, p. 70. Las siguientes referencias a la obra se citan por número de página, entre paréntesis, en el texto del ensayo.
12. Gabriel García Márquez, **Crónica de una muerte anunciada**, Barcelona: Editorial Bruguera, 1981, p. 154. Las siguientes referencias a la obra se citan por número de página, entre paréntesis, en el texto del ensayo.

Gran parte de la novela es la reconstrucción de los "signos borrosos" y las "coincidencias funestas" que presagiaron la muerte de Alec. En su carta al amigo en San Francisco, el narrador reduce la historia a los siguientes elementos:

> Tal como todo acaeció, se articula una ordenada constelación de augurios que primero identifican al testigo más cercano, que fuiste tú. Luego señalan a Alec como la víctima (de un modo que tú ignoras, que me hace sentir escalofríos aún desde hoy y que es, en últimas, lo que me obliga a escribir esta historia como si al hacerlo pagara una deuda o cumpliera un agrio deber). En seguida informan la manera como morirá y, finalmente, por dos lados, a ti y a mí por separado y a cada uno en su momento, se nos presentan signos que confirman su muerte (p. 24).

Más que la "crónica de una muerte anunciada", esta carta es la crónica de una obsesión. El ejercicio de la escritura funciona como acto catártico que deja al narrador liberarse de antiguas inquietudes y preocupaciones fundamentales relativas a su propio destino y al control que puede ejercer sobre él. En las palabras del autor, le permite "aislar mis demonios de mis dichas, tras la catarsis de la palabra escrita" (p. 64). Vargas Llosa, en su estudio, sobre García Márquez, habla de los novelistas y del papel de sus demonios en el acto creativo:

> El *porqué* escribe un novelista está visceralmente mezclado con el *sobre qué* escribe: los "demonios" de su vida son los "temas" de su obra. Los "demonios": hechos, personas, sueños, mitos, cuya presencia o ausencia, cuya vida o cuya muerte lo enemistaron con la realidad, se grabaron con fuego en su memoria y atormentaron su espíritu, se convirtieron en los materiales de su empresa de reedificación de la realidad, y a los que tratará simultáneamente de recuperar y exorcizar, con las palabras y la fantasía (13).

13. Vargas Llosa, García Márquez, p. 87.

A través de la narración de los hechos que culminan en la muerte de Alec y las digresiones filosóficas y literarias intercaladas en el texto, el lector se da cuenta de que la crónica, en realidad, es un análisis autoconsciente en el cual el narrador se descubre mientras trata de resolver el conflicto interior que ha aumentado, provocado por la curiosa muerte de Alec. Es hora de preguntarnos: ¿cuáles son los demonios personales que se han transformado en temas en la crónica de Jaramillo? El verdadero "demonio" que lo ha perseguido es su repugnancia por el poder y su aversión a todo sistema de autoridad que impone control sobre el individuo, incluyendo la filosofía racionalista. Explica su desencanto con los "códigos lineales de conocimiento" de la siguiente manera:

> el racionalismo, el produzco-luego-existo, han implantado una visión del mundo unilateral y rígida, que tiene de su lado todo poder y autoridad, todo sistema de educación y que rige todos los términos de entendimiento de los hombres entre sí y con la naturaleza. Por esto, la labor del poeta siempre tiene que comenzar por poner en duda todos los axiomas y evidencias, todos los supuestos edificados con base en la causalidad y en el ideal de lo práctico, antes de poder mirar con ojos nuevos la vida y percibir sus milagros (p. 20).

Como poeta, el narrador se rebela contra la visión unilateral del pensamiento positivista, y aunque es algo escéptico por naturaleza, está dispuesto a aceptar que la realidad tiene una cara oculta, no regida por las leyes de causa y efecto sino por otros órdenes misteriosos que no pueden ser controlados, como, por ejemplo, el azar, hermano caprichoso del tiempo. Es la manera armoniosa y ordenada en que se desencadenaron los presagios y hechos que condujeron a la muerte de Alec lo que realmente le fascina y atormenta. Su deseo de entender la muerte de Alec y su propio papel en la tragedia es lo que le motiva a escribir la crónica. Sobre todo quiere aliviarse de "la rabiosa culpa" que siente de haber sido utilizado como "un mero instrumento" de la fatalidad. Lo que más le obsesiona es su propia

impotencia, es decir, el hecho de que ha sido "manipulado por una fuerza superior y ajena" (p. 15). En nuestra entrevista el autor me explicó que su aversión al poder reside en un conflicto interior consigo mismo:

> El problema contra las instituciones y contra el poder, cuando uno tiene veinte años, cree que es contra las instituciones que están a poder de uno, contra el poder de otros, y resulta que no es así, sino que la pelea de toda la vida es contra el fascista que hay en uno (14).

Vemos entonces que la crónica de Jaramillo es una protesta de la realidad, y aún más, una protesta de su propia incapacidad e impotencia para convertir la historia destructiva de Alec en otra historia vital y creativa. Según Vargas Llosa, la novela es "dos cosas a la vez":

> una reedificación de la realidad y un testimonio de su desacuerdo con el mundo. Indisolublemente unidos, en su obra aparecerán estos dos ingredientes, uno objetivo, el otro subjetivo: la realidad con la que está enemistado y las razones de esta enemistad; la vida tal como es y aquello que él quisiera suprimir, añadir o corregir a la vida. Toda novela es un testimonio cifrado: constituye una representación del mundo pero de un mundo al que el novelista ha *añadido* algo: su resentimiento, su nostalgia, su crítica. Este *elemento añadido* es lo que hace que una novela sea una obra de creación y no de información, lo que llamamos con justicia la originalidad de un novelista (15).

Podría decirse que el "elemento añadido" en la obra de Jaramillo es su resentimiento personal en contra del poder. Esto nos hace preguntar, ¿cuál es el "elemento añadido" en la crónica de García Márquez y cuáles son los "demonios" que han sido transformados en temas? En la *Crónica de una muerte anunciada*, García Márquez lucha en contra del mismo demonio que Jaramillo, una aversión al poder, condenándolo primero al nivel individual, y luego, al nivel colectivo. Su crónica representa también un exorcismo de unas obsesiones, de unos demonios personales que el narrador ve reflejados en su propio pueblo, empezando con el machismo. En *El olor de la guayaba*, García Márquez define el machismo así: "Yo diría que el machismo —tanto en los hombres como en las mujeres— no es más que la usurpación del derecho ajeno. Así de simple" (16). En la misma conversación con Plinio Apuleyo, dice que la *Crónica de una muerte anunciada* es "sin duda una radiografía y al mismo tiempo una condena de la esencia machista de nuestra sociedad" (17). Una actitud machista influye el comportamiento de varios personajes; por ejemplo, vemos que Bayardo San Román utiliza su dinero e influencia para comprarse una novia, que los gemelos Vicario matan a Santiago Nasar porque creen que es su deber como miembros de la estirpe masculina restaurar el honor de su hermana, y sobre todo, que el mismo pueblo no hace nada para impedir "una muerte tan anunciada" bajo "el pretexto de que los asuntos de honor son estancos sagrados a los cuales sólo tienen acceso los dueños del drama" (p. 155).

Después de treinta años, el narrador regresa a su pueblo para reconstituir los hechos que condujeron a la muerte de su amigo, esperando, en el proceso, poder aliviarse de la rabiosa culpa que sufre por, en sus propias palabras, "una muerte cuyos culpables podíamos ser todos" (p. 131). A todos les convendría echarle la culpa a la fatalidad, o al destino, para poder quedar libres, de su propio papel en la tragedia, sin embargo el autor no los deja liberarse tan fácilmente. Entra aquí el "elemento añadido" en la crónica de García Márquez: un resentimiento contra el autoritarismo y una crítica de una sociedad que permitiría y hasta

14. Dario Jaramillo Agudelo, entrevista personal, 13 de mayo de 1987.
15. Vargas Llosa, **García Márquez**, p. 86.
16. Gabriel García Márquez, **El olor de la guayaba: Conversaciones con Plinio Apuleyo Mendoza**, Bogotá: Editorial La Oveja Negra, 1982, p. 115.
17. García Márquez, **El olor de la guayaba**, p. 115.

condonaría y glorificaría la muerte de un joven por mantener el anticuado código del honor y, como algunos han sugerido (18), por la oportunidad de vengarse de sus propios prejuicios. Es una denuncia de las instituciones de autoridad, en particular de los representantes del gobierno civil y de la Iglesia, que no se molestan por impedir el crimen aun cuando son advertidos.

Quizás esta crítica sea el verdadero ímpetu que incitó a García Márquez a escribir esta crónica sobre un homicidio que a primera vista parece tan mundano e insignificante. Quizás la escribió porque después de treinta años veía que las cosas no habían cambiado tanto, que existían las mismas actitudes que condujeron a la muerte de su amigo en 1951. Si cada novela es "un deicidio secreto" o "un asesinato simbólico de la realidad", como nos sugiere Vargas Llosa, ¿qué es lo que García Márquez quisiera cambiar o abolir con esta crónica? Quizás esté presente de una manera implícita la lección de la crónica a que se refirió el padre Las Casas, la de "enseñar a bien vivir", porque colocada dentro del texto hay una condena subyacente de una sociedad que se adhiere más a las apariencias, al materialismo y a las tradiciones huecas que a los valores humanos significantes, como el amor y la solidaridad.

En fin, ¿qué es lo que motiva al ser humano a acudir a la palabra escrita? Tal vez lo que nos dice Vargas Llosa en "Las mentiras verdaderas", prólogo de *La Señorita de Tacna*, pueda arrojar luz sobre esta cuestión:

> Inventar no es, a menudo, otra cosa que tomarse ciertos desquites contra la vida que nos cuesta vivir, perfeccionándola o envileciéndola de acuerdo a nuestros apetitos o nuestro rencor, es rehacer la experiencia, rectificar la historia real en la dirección que nuestros deseos frustrados, nuestros sueños rotos, nuestra alegría o nuestra cólera reclaman. En este sentido, ese arte de mentir que es el del cuento es, también, asombrosamente, el de comunicar una recóndita verdad humana (19).

¿Cuál es la "recóndita verdad humana" en estas dos crónicas sobre una muerte anunciada? Ninguno de los autores nos ofrece la respuesta absoluta a esta pregunta, sino que dejan al lector la responsabilidad de descubrirla por sí mismo, sugiriéndonos que la posibilidad de convertir la realidad en otra mejor, empieza con la persona misma. Después de todo es el lector quien tiene que entrar en el mundo creado por el autor y hacerse testigo del proceso narrativo. Sólo entonces puede descodificar los secretos enigmáticos de las anunciaciones e interpretar los acontecimientos que conducen a la muerte. Al acompañar al narrador en su reconstrucción del pasado, el lector también descifra el misterio y participa en la transformación de una experiencia individual y personal en otra universal y colectiva. Por ende, la crónica funciona como un espejo, distorsionado quizás por los estragos de la memoria, pero aun así, un cristal en el cual el lector puede vislumbrar su propia imagen.

---

18. Véase: Richard L. Predmore, "El mundo moral de **Crónica de una muerte anunciada**", **Cuadernos hispanoamericanos**, No. 390, 1982: pp. 7703-712. También: Carmen Rabell, **Periodismo y ficción en Crónica de una muerte anunciada**, Santiago: Monografías del Maiten, 1985 p. 71.

19. Mario Vargas Llosa, "Las mentiras verdaderas", **La señorita de Tacna**, Barcelona: Editorial Seix Barral, 1981, pp. 10-11.